

La juventud que no se apaga



Ignacio se puso en camino hacia Roma. Condenado a morir devorado por las fieras partió de la populosa ciudad de Antioquía de Siria, en Asia Menor, de donde era obispo, hasta la capital del Imperio. Abriéndose camino hacia la muerte, la situación parecía pedir soledad y clausura de lo propio para mascarar la tragedia; pero a

Ignacio le florecieron los hermanos y en el trayecto de su viaje se fue encontrando con comunidades cristianas en distintas ciudades. A una vida abierta a la alegría de Cristo, le sobreviene apertura para abonar otros terrenos, incluso en el dolor. Aquello sucedía en las primeras décadas del siglo II.

No extraña que, un cristiano de tanta hondura y una perspectiva tan abierta, fuera el primero que dio a la iglesia el título de “católica”, universal. Nuestra Iglesia, además de unidad, santidad y estar enraizada en los apóstoles, es universal. Lo universal le viene por una tierna ambición divina que quiere que su amor alcance a toda persona de todo lugar, de toda época. Quisiera subrayar también: “y de toda edad”. Nuestras comunidades, progresivamente despobladas de jóvenes, parecen abocadas a una ancianidad cada vez más anciana, que hace pensar que el cristianismo es cosa de mayores demasiado mayores. Aquí la universalidad sufre el agravio de la evidencia. Parece que la Iglesia dice bien poco a los jóvenes.

Pero, siguiendo el argumento de lo universal que exige salir de lo inmediatamente conocido, la Iglesia tiene una fuerza joven arrolladora en otras comunidades cristianas, y de forma patente en otros países, donde la vitalidad y la jovialidad juveniles son fresquísimas.

Juan Pablo II, papa con horizontes de universalidad, abrió la Jornada Mundial de la Juventud, celebrada hasta entonces sólo en Roma, para ser preparada en otras naciones. El motivo de estas Jornadas era el encuentro de los jóvenes católicos para compartir su alegría joven en Cristo y hacer partícipe de ello a toda la Iglesia. Este agosto, celebraremos este encuentro universal en Madrid durante la semana del 16 al 21 de agosto. En los últimos días nos acompañará también el papa Benedicto.

Pero antes, desde el día 11, por toda la geografía española van a ser acogidos peregrinos llegados de todas partes del mundo, preparando la gran fiesta de Madrid. A nuestra diócesis llegan 2.500 de más de 20 nacionalidades distintas. Daimiel participa de esta universalidad de la Iglesia, recibiendo 64 peregrinos ruandeses a los que una treintena de familias les ha abierto sus hogares. En los cuatro días que estarán entre nosotros compartirán experiencias con sus familias de acogida; conocerán nuestro pueblo en su fe, historia y costumbres; celebraremos y oraremos juntos unidos en una misma fe; nos uniremos a los peregrinos de los otros pueblos del arciprestazgo en una ruta que comenzará en Las Tablas, pasará por Villarta y terminará en el Santuario de la Virgen de la Sierra de Villarrubia; y el 14, el último día antes de partir hacia Madrid, acudiremos a Campo de Criptana, al atardecer, donde peregrinos y familias y todos los cristianos de la diócesis que quieran acercarse, tendremos una celebración muy especial presidida por nuestro obispo Antonio, con la bella estampa de los molinos.

Madrid espera acoger entorno a millón y medio de peregrinos en la gran fiesta de la juventud católica. Los días estarán sembrados de cantidad de actividades: catequesis, conciertos, exposiciones, oración... entre lo que destaca la gran vigilia de oración el sábado por la noche y la Eucaristía en la mañana del domingo, ambas en compañía del papa.

Nuestra Iglesia es universal también en edades. Es longeva, pero no vieja; anciana y joven a la vez. Encuentros así nos permiten hacer memoria de lo que en ocasiones cae en el olvido. Daimiel recuerda que es Iglesia y, por tanto, universal. Un saludo y agradecimiento especial para las familias que van a acoger a los peregrinos ruandeses en sus hogares y a los jóvenes voluntarios de Daimiel que tanto han trabajado preparando estas Jornadas.

Luis Eduardo Molina Valverde